PAN Y TOROS.

ORACION APOLÓGICA

POR

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

MADRID.
IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA,
Calle de Jesús, núm. 3.

1869.

Es indudable que algunos de los vicios enunciados y criticados tan magistralmente hace más de medio siglo, por el ilustre autor de este opusculito, han sido corregidos y anatematizados en nuestra sociedad, pero no es ménos cierto desgraciadamente, que áun existen muchos con fuertes y profundas raices, que es preciso arrancar.

Creemos que en las actuales circunstancias, la propagacion de las ideas que encierra, podrá contribuir á su logro; pues fruto y mucho pueden sacar meditándolas «gobernantes» y «gobernados,» y deber de todos es saturar su criterio de sanas y saludables doctrinas.

Todas las naciones del mundo, siguiendo los pasos de la naturaleza, han sido en su niñez débiles, en su pubertad ignorantes, en su juventud guerreras, en su virilidad filósofas, en su vejez legistas, y en su decrepitud supersticiosas y tiranas Ninguna en sus principios ha evitado el ser presa de otra más fuerte: ninguna ha dejado de aprender de los mismos bárbaros que la han invadido: ninguna se ha descuidado de tomar las armas en defensa de su libertad, cuando ha llegado á poderla conocer: ninguna ha omitido el cultivo de las ciencias, apenas se ha visto libre: ninguna ha escapado de la manía de legisladora universal, si se ha considerado científica; y ninguna ha evitado la supersticion luego que ha tenido muchas leyes. Estas verdades, comprobadas por la historia de todos los siglos, y algunos libros que habian llegado á mis manos, sin duda escritos por los enemigos de nnestras glorias, me habian hecho creer que nuestra España estaba ya muy próxima á los horrores del sepulcro; pero mi venida á Madrid, sacándome felizmente de la equivocacion en que vivia, me ha hecho ver en ella el espectáculo más asombroso que se ha presentado en el universo; á saber: todos los períodos de la vida racional á un mismo tiempo en el más alto grado de perfeccion.

Ha ofrecido á mi vista una España niña y débil, sin poblacion, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico, y aun sin Gobierno conocido: unos campos yermos y sin cultivo: unos hombres sucios y desaplicados: unos pueblos miserables y sumergidos en sus ruinas; y unos ciudadanos meros inquilinos de su ciudad.

Me ha presentado una España muchacha, sin instruccion y sin conocimientos: un vulgo bestial: una nobleza que hace gala de la ignorancia: unas escuelas sin principios: unas universidades fieles depositarias de las preocupaciones de los siglos bàrbaros: unos Doctores del siglo X; y unos premios destinados á los súbditos del Emperador Justiniano, y del Papa Gregorio IX.

Me ha ofrecido una España jóven, y al parecer llena de un espíritu marcial de fuego y fortaleza: un cuerpo de oficiales Generales para mandar todos los ejércitos del mundo; y que si á proporcion tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del Universo: una multitud de regimientos, que aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas y gastar pólvora en salvas en las praderas: una Marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, á lo ménos pueden surtir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas de que abundan: unas fortificaciones, que hasta en los jardines de recreo horrorizan á los mismos patricios que las consideran como mausoleos de la libertad civil; y unas orquestas bélicas capaces de afeminar á los más rigidos Espartanos.

Me ha mostrado una España viril, sabia, religiosa, y profesora de todas las ciencias. La ciudad Metrópoli tiene más templos que casas, más sacerdotes que seglares y más aras que cocinas: hasta en los sucios portales, hasta en las tabernas se ven retablitos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita, y lámparas religiosas. No se da paso que no se encuentre una cofradía, una procesion ó rosario cantado: por todas partes resuenan los chillidos de los capones, los rebuznos de los sochantres, y la algarabía sagrada de los músicos, entreteniendo las almas devotas con villancicos, gozos y arietas de una composicion tan séria, y unos conceptos tan elevados, que sin entenderlos nadie hacen reir á todos: hasta los más recónditos y venerables misterios de la religion se cantan por los ciegos á las puertas de

los bodegones al agradable y majestuoso compás de la guitarra No hay esquinazo que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de milagros tan creibles como las transformaciones de Ovidio Las ciencias sagradas, aquellas divinas ciencias, cuyo cultivo hizo sudar á los Padres de la Iglesia, se han hecho tan familiares, que apenas hay Ordenadillo desbaratado que no se encarame á enseñarles desde la Cátedra del Espíritu y Santo. El delicadísimo ministerio de la predicacion, que por particular privilegio se permitió á un Pantero, a un Clemente Alejandrino, á un Orígenes, hoy es permitido á un invicto epíscopo, á cualquiera frailezuelo que lo toma por oficio mercenario.

Las Escrituras Santas, los incorruptibles cimientos de la religion, son manoseadas por simples gramáticos, que cada dia nos las dan en castellano de una manera tan nueva que no las conoce la madre que las parió. Las lenguas extranjeras se aprenden cuando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los Hebreos. La filosofía se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y descargándola de la pesada observacion de la naturaleza, se la ha hecho esclava del *ergo*, y del sofisma.

La moral que fué la formadora de las Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos y los Sénecas, solo sirve entre nosotros á tinturar levemente á los que dejando de ser filósofos, se han de meter á Procesistas, y llegan á Legisladores. El derecho natural se reputa por inútil y aun nocivo. El derecho patrio se estudia por la legislacion de una nacion que ya no existe. La poesía se desprecia como una espresion de locura; y la oratoria como pasatiempo de la ociosidad. Nuestros predicadores y nuestros abogados han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados sin cultivar las letras, y vender caras las más insulsas arengas y pajosos informes. Las obras con que cada dia nos enriquecen estos sábios, sin duda nos harán notables en los siglos venideros.

Sus sermonarios, y sus papeles en derecho, servirán

de envoltorio de pimienta y especias. y no dejarán de ser útiles á los cartoncistas y boticarios.

El venerable nombre de teólogo apenas se conocia en la antigüedad, hasta que las largas vigilias, continuadas tareas, y profundas meditaciones habian blanqueado el cabello, y arrugado el rostro; pero en el dia se logra, aun sin apuntar la barba, y aun sin más trabajo que arrastrar bayetas seis ó siete años en una universidad, y haber ejercitado el pulmon en disputas pueriles sobre vagatelas despreciables.

Un Jurisperito creia Atenas que no se formaba sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto conocimiento del corazon humano, y sin la observacion infatigable de la ley eterna; y un Jurisperito lo ve España formado con unos miserables principios de lógica, con un superficial estudio del *Binio*, y con unos cuantos años de instruccion en los errores forenses, y en las iniquidades de los pleitos.

En la medicina no tenemos que envidiar á ninguno: tenemos quien nos sangre, nos purgue y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del Universo. La riqueza de nuestros Boticarios es una prueba de la sabiduria de nuestros Médicos, y de su propension al arte jaropístico, y á la ciencia recetaria y curadera.

Las matemáticas las estudiamos poco, porque sirven para poco; y reduciendo á demostracion todas sus proposiciones, no dejan campo al entendimiento sublime para hacer lo blanco negro, y lo negro blanco, con la admirable fuerza de un argumento en *Dariis*, *Baralipton* ó en *Friseesosmonum*.

El comercio que los extranjeros ponderan, con razon, como canal de las riquezas de un Estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en aprenderlos, pues les basta á nuestros mercaderes saber que lo que vale cuatro deben venderlo por seis, y prestar dinero sobre prenda pretoria al seis por ciento cada mes, y esto aun los más religiosos y justificados en el concepto de sus antagonistas

La física es ciencia que siempre ha traido visos de hechicería y diablura; y aunque se han establecido al-

gunos laboratorios, todos los hombres de carrera dicen, que su estudio es niñería, y pasatiempo; y que nunca saldrá de entre los crisoles un tratado de *Decisionibus cursiis de Magistratibus*, ó cosa semejante para la felicidad del mundo.

Me ha mostrado una España vieja y regañona, brotando leyes por todas las coyunturas: el cuerpo de un maldito derecho, engendrado en el tiempo más corrompido del Imperio romano, para servir á la Monarquía más despótica, y llena de confusion que han conocido los siglos. El código de Justiniano concluido de retales y caprichos de los Jurisconsultos, y la Compilacion de Graciano llena de Decretales falsas y Cánones apócrifos, sacaron á luz nuestras Partidas, y abrieron las puertas á las más ridículas cavilaciones de los Leguleyos. Nuestra recopilacion, nuestros autos acordados, nuestros modos de enjuiciar, todos toman de aquí su origen. La legislacion castellana reconoce por cuna el siglo más ignorante y turbulento: siglo en que la espada, y la lanza eran la suprema Ley; y en que el hombre que no tenia pujanza para embasar tres ó cuatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia: siglo en que los Obispos mandaban ejércitos, y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos: siglo en que los silbidos del pastor estaban convertidos en bramidos de tigre, y en que el chispazo de una excomunion, encendia la voraz hoguera de una guerra civil y sanguinaria: siglo en que la moda del derecho feudal traia los vasallos de mano en mano como pelota, é iba introduciendo entre los hombres la variedad de castas que entre los caballos y perros: siglo en fin, que no se conocia más derecho que la fuerza, ni más autoridad que el poder. En esta infeliz cuna se adormeció; y en los reinados más calamitosos y violentos anduvo vacilando, hasta que el gran Felipe II, el Escurialense, la sacó de entre pañales, y la puso andaderos de que jamás saldrá. Al gran Filipo debe nuestra legislacion la gala despótica de que se halla revestida: debe los fuertísimos baluartes de tantos consejos, donde muda más formas que Proteo, sin peligro de que lo impida ninguno: debe tantos manantiales

inagotables, que de dia en dia la han ido enriqueciendo con más jueces que Leyes, y más leyes que acciones humanas: debe el que los diversos ramos del gobierno y la justicia se dirijan por una sola mano como las mulas de coche: debe la fortísima falange de letrados, que armados de sus plumas y cubiertos de sus eternos pelucones, todo lo vencen, todo lo atropellan: debe el que los delirios de un testador preocupado y avariento se veneren con una supersticiosa religion, y los fundamentos constitucionales de una sociedad se desprecien sin escrúpulo de conciencia: debe el que una nueva ley se forje en un santiamen, y la observancia de una antigua cueste un pleito de un siglo: debe el extraordinario tiento de los tribunales, que ahorcan veinte ciudadanos en un dia, y discurren veinte años para quitar las mulas de un coche: y debe el que la elocuencia forense se vea en la altura en que se ve, aunque en más se viera si hubiera colocado los consejos en el pico de Tenerife. Al Gran Filipo es deudora nuestra economía política de su indefinible sistema, y de sus asombrosos reglamentos, que hasta ahora no ha entendido ninguno. La sapientísima Compilacion del Contador Ripia, y las acordadas del Consejo de Hacienda serán un eterno monumento de nuestra ciencia económica. ¿Dónde hay sutileza más singular que el discurso de aumentar los haberes reales, aumentando las contribuciones al Pueblo? ¿Qué pensamiento más feliz que el de los estancos, en donde con la sencilla opresion de comprar barato y vender caro, impidiendo la concurrencia de vendedores, se gana todo aquello que se quiere? Si la codicia, ó necesidad no produjese todos los dias contrabandistas, ¿qué interés no dejaria el tabaco, que pudiera muy bien venderse á onza de oro? ¿Por qué no pudiera tambien estancarse el vino, el aceite, el agua, y aun el alimento de los ciudadanos? La alcabala, y los millones son el fomento más singular del comercio, y de la industria: no hay género que no aumente su precio, si no natural, á lo ménos real y efectivo con estas gabelas: sin ellas los frutos valdrian un tercio más baratos, y los sudores del labrador servirian á señalar su valor intrínseco: las manufac-

turas de las artes no lograrían un sobreprecio que las saca de competencia con las extranjeras: y los artesanos no trabajarian cosa de provecho sino tuvieran el papelon de exámen, ni lograrian la dicha de ser registrados en los de sus gremios: sin ellas careceria el reino de una multitud asombrosa de Consejeros, Administradores, é Interventores; sin ellas no vieran los hombres la milagrosa transformacion de un infiel hecho fiel con una media firma: sin ellas no tendrian la conveniencia de encontrar á cada paso una Aduana, y un registro: sin ellas no se conocerian las utilísimas tropas de la Real Hacienda, que componen un numeroso ejército de holgazanes, y chismosos: ni se premiaria como virtud la traicion ó el espionage. Hasta los nombres de nuestras rentas dan á entender la bondad esencial y buena fé que las caracteriza. El nombre de sisa ¿qué quiere decir sino la justísima opresion de rapiñar á los comerciantes una azumbre por arroba, y para que no se conozca achicar los cuartillos? Se quita, es cierto. pero se disimula y publica que no se quita: contradicciones que sólo ha conseguido conciliar nuestro talento económico. Esto es el todo de nuestra legislacion, pero.... ¿y las partes? aun son más admirables y pasmosas. Cada aldea tiene su Código municipal, sus contribuciones municipales, y sus estatutos, que son la base de la felicidad pública. Es un deleite ir muy descuidado por un camino, y salir al encuentro un guarda á cobrar el piso del suelo, que va causando al viajante mil incomodidades; llegar calado de agua y frio á una posada, y tener que ir á buscar la comida á los estancos del vino, de aceite, de la carne, de la sal, y de las demás cosas necesarias á la vida: poner la caballería al pesebre, y sobre el pago de la paja, tener que pagar el derecho del cuerpo que se ató: ajustar una fanega de cebada, y acudir al corredor para que la mida: comprar un pellejo de vino, y pagar una guía ó testimonio para poderlo sacar del pueblo: no saber ninguno si dormirá en su cama ó en la cárcel, porque el señor Alcalde puede hacerle pasar allí una mala noche sin causa, y en fin, otras mil cosas á este modo.

Me ha mostrado una España decrépita y supersticio-

sa, que pretende encadenar hasta las almas, y los entendimientos. La ignorancia ha engendrado siempre la supersticion, así como la soberbia, la incredulidad. Entre nosotros ha estado por muchos siglos en un miserable abandono el estudio de las Santas Escrituras, que son las fuentes y el cimiento de nuestra creencia. Las antigüedades eclesiásticas han yacido bajo la lápida de los Decretales y de los abusos furtivamente introducidos: las decisiones de la Curia, y las oposiciones particulares han corrido parejas con las verdades dogmáticas é incontrovertibles.

En cuanto toca á la Iglesia, se ha tenido por incompetente al tribunal de la razon, y se ha tratado de herético todo aquello que no se acomoda con las máximas de Roma. La demasiada libertad en escribir de los extranjeros ha hecho que nosotros hayamos sido en leer esclavos. El culpadísimo desprecio con que han tratado los Protestantes la disciplina dogmática de la Iglesia, nos ha determinado á venerar los más perjudiciales abusos de los siglos bárbaros. El rebaño de los fieles ha sido apacentado por rabadanes introducidos sin autoridad de los pastores que el Espiritu Santo puso para regirle, y la sal de la doctrina y de la caridad se ha repartido al pueblo Católico por coadjutores de los Párrocos, á quienes toca el saber lo que se ha de dar á cada uno. Millares de Obispos ha visto España, que muy cargados de Decretales y fórmulas forenses, jamás han cumplido el objeto de su mision, que no fué otro, que predicar el Evangelio á todo el mundo, dirigiendo á los hombres por la via de la paz, y no por la de los pleitos. Las Santas Escrituras, pan cotidiano de las almas fieles, se ha negado al pueblo, como veneno mortífero, substituyendo en su lugar meditaciones pueriles, é historias fabulosas. El influjo frailesco ha hecho pasar por verdades reveladas, los sueños y delirios de algunas simples mujeres, y mentecatos hombres, desfigurando el santo edificio del Evangelio, como arrimadizos temporales, y corruptibles. La moral cristiana se ha presentado de mil aspectos, y siendo uno el camino del Cielo, ya nos lo han pintado llano, ya difícil, y ya inaccesible.

La sencillez de la palabra de Dios se ha oscurecido con los artificiosos comentarios de los hombres: aquello que el Señor dijo, para que todos lo entendiesen, se ha creido que apenas uno ú otro doctor lo puede entender, y dando tormento á las expresiones más claras, se las ha hecho servir hasta erigir sobre ellas el ídolo de la tiranía: millones de santurrones apócrifos han llenado el mundo de patrañas ridículas, milagros increibles, y de visiones, que contradicen á la terrible majestad de nuestro gran Dios: en ellas vemos á Cristo alumbrando con un candil para que eche una monja el pan al horno: tirando naranjitas a otra desde el sagrario: probando las ollas de una cocina; y jugando con un fraile hasta serle importuno. En ellas vemos un leguito reuniendo milagrosamente una botella quebrada y un cuartillo de vino derramado, sin más fin que consolar á un muchacho, á quien se le cayó al salir de la taberna: á otro convirtiendo unas cubas de agua en vino, para beber la comunidad; y á otro resucitando un pollinejo, que había nacido muerto, porque no lo sintiese una hermana de la Orden: en ellas vemos un hombre muerto de muchos años, conservar la lengua viva, hasta confesar sus culpas: á otro tirarse de un balcon, y caer sin incomodidad á la calle por ir al rosario: y un voraz incendio apagarse de repente, sin más que arrojar un escapulario de estameña: en ellas vemos á la Vírgen María sacar su virginal pecho para darle leche á un monje; los ángeles en hábito de frailes cantar maitines, porque en el convento dormian; y los santos más humildes degollando á los que no eran afectos á su religion. Los pintores imbuidos de estas especiotas han representado en sus tablas estos títeres espirituales, y el pueblo idólatra les ha tributado una supersticiosa adoracion. La Iglesia ha trabajado de continuo en desterrar de los fieles la preocupacion de virtud particular de las imágenes, y los eclesiásticos no han cesado de establecerlas. Una imágen de Cristo ó de la Vírgen se ve en un rincon descuidada, sucia y sin culto, al paso que otras se ostentan en costosos retablos, y no se muestran sino con muchas ceremonias, y gran suntuosidad. La Vírgen de Atocha,

la de la Alamudena y la de la Soledad se compiten la primacia de milagrosas, y cada una tiene su partido de devotas, que si no son idólatras no les fata un dedo para serlo. La religion la vemos reducida á meras esterioridades, y muy pagados de nuestras cofradías, apenas tenemos idea de la caridad fraterna; tenemos por defecto el no concurrir con limosna á una obra de piedad, y no escrupulizamos de retener lo que es suyo á nuestros acreedores: confesamos todos los meses, y permanecemos en los vicios toda nuestra vida. Somos cristianos en el nombre, y peores que gentiles en nuestras costumbres; en fin, tememos más el obscuro calabozo de la Inquisicion, que el tremendo juicio de Jesucristo ....

¡Pero qué es esto? ¿cómo mi oficio de panegirista lo he convertido en censor rígido? ¿y cuándo me he propuesto defender á mi Patria, la culpo de unos defectos tan abominables? No, pueblo mio: no es mi fin el ponerte colorado, sino el demostrar que nuestra España es á un mismo tiempo niña, muchacha, jóven, vieja y decrépita, teniendo las propiedades de cada uno de estos periodos de la vida civil: conozco tu mérito y en este augusto anfiteatro, donde solo celebra sus asambleas el pueblo español, estoy viendo tu buen gusto y tu delicadeza. *Las fiestas de Toros*, son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio, y los talleres de nuestras costumbres políticas.

Estas fiestas, que nos caracterizan, y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra, abrazan cuantos objetos agradables é instructivos se pueden desear: templan nuestra codicia fogosa: ilustran nuestros entendimientos delicados: dulcifican nuestra inclinacion á la humanidad: divierten nuestra aplicacion laboriosa y nos preparan á las acciones generosas y magnificas: todas las ciencias, todas las artes concurren á porfia á perfeccionarlas, y ellas á porfia perfeccionan las artes y las ciencias; ellas proporcionan hasta el bajo pueblo, la diversion y holganza, que es un bien; y le impiden el trabajo y la tarea, que es un mal; ellas fomentan los hospitales, monumentos que llenan de honor á las naciones modernas, surtiéndolas, no solo de cauda-

les para curar los enfermos, sino tambien de enfermos para emplear los caudales, que son los dos medios indispensables de su subsistencia: ellas mortifican los cuerpos con la fatiga y sufrimiento de la incomodidad y endurecen los ánimos con las escenas más trájicas y terribles. Si los cultos griegos inventaron la trajedia para purgar el ánimo de las abatidas pasiones del terror y miedo, acostumbrando á los ciudadanos á ver y oir cosas espantosas: los cultos españoles han inventado las fiestas de toros, en que ven de hecho aún más terribles que allí se representaban en fingido.

¿Quién acostumbrado á sangre fria á ver á un hombre volando entre las astas de un toro, abierto en canal de una cornada; derramando las tripas y regando la plaza con su sangre: un caballo que herido precipita al ginete que lo monta, echa el mondongo, y lucha con las ánsias de la muerte: una cuadrilla de toreros despavoridos huyendo de una fiera agarrochada: una tumultuosa gritería de innumerable gente mezclada con los roncos silbidos y sonidos de los instrumentos bélicos, que aumentan la confusion y espanto: quien (digo), quien se conmoveria despues de esto al presenciar un desafío ó una batalla? ¿quién, admirando la subordinacion de un pueblo inmenso, á quién, en la ocasion que se le concede más libertad, se le presenta el verdugo que le amenaza con los azotes de la esclavitud, podrá estrañar despues la opresion del ciudadano? ¿quien podrá dudar de la sabiduria del Gobierno, que para apagar en la plebe todo espíritu de sedicion, la reune en el lugar más apto para todo desórden? ¿quién dejará de concebir ideas sublimes de nuestros Nobles, afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperacion y la locura, y proteger á porfia á los hombres más soeces de la república? ¿quién no se inflamará al presenciar el valor atolondrado de un Romero, un Costillares, y un Pepe Hillo, con otros héroes del matadero sevillano, que entrando en lid con un toro, lo pasa de una estocada desde los cuernos á la cola? ¿quién no se deleitará con la concurrencia de un gentío innumerable, mezclados los dos sexos con ningun reca-

to, la tabernera con la grande, el barbero con el duque, la ramera con la matrona, y el seglar con el Sacerdote: donde se presenta el lujo, la disolucion, la desvergüenza, el libertinaje, el atrevimiento, la estupidez, la truhanería, y en fin, todos los vicios que oprobian la humanidad y la racionalidad, como el solio de su poder? Donde el lascivo petimetre hace fuego á la incauta doncella con gestos indecentes y expresiones mal sonantes: donde el vil casado permite á su esposa el deshonroso lado del cortejo; donde el crudo majo hace alarde de la insolencia: donde el sucio chispero profiere palabras más indecentes que él mismo: donde la desgarrada manola hace gala de la impudencia: donde la continua gritería aturde la cabeza más bien organizada: donde la apretura, los empujones, el calor, el polvo y el asiento incomodan basta sofocar; y donde se esparcen por el infestado viento los suaves aromas del tabaco, el vino y los orines. ¿Quién no conocerá los innumerables beneficios de estas fiestas? Sin ellas, el sastre, el herrero y el zapatero pasarian los lunes sujetos al ímprobo trabajo de sus talleres: las madres no tendrian el desahogo de abandonar sus casas y sus hijas al descuido de cualquier mozuelo cortejante, y carecerian del más bárbaro mercado de la honestidad: los médicos, del semillero más fértil de las enfermedades: los casados, del manantial de los disgustos y el deshonor: las señoras, de la proporcion de lucir su prodigalidad y estupidez: los eclesiásticos, de incentivo para gastar en favor de los pecadores el precio de los pecados: los contemplativos, del compendio más perfecto de las flaquezas humanas: los magistrados de medios de embotar y adormecer toda idea de libertad civil: los labradores, del consuelo de ver muertas unas bestias, que vivas los traerian en contínuo trabajo y servidumbre; y el Reino entero de las ventajas que le proporciona el estar las más pingües dehesas ocupadas en la cria de un ganado que solo debe servir á la diversion y pasatiempo. En estas fiestas todos se instruyen: canta el teólogo las inagotables misericordias de nuestro Dios, y su insondable providencia, en ver á cada paso un milagro, y á cada suerte un rayo de su cle-

mencia, en no dejar perecer en el peligro á quien ama el peligro: admira el político la insensibilidad de un pueblo que aquí mismo, tratado como esclavo, jamás ha pensado en sacudir el yugo de la esclavitud, aún cuando la inadvertencia del Gobierno parece lo pone en estado de sacudirle: ve el legista la escuela de la corrupcion de las costumbres, madre de los pleitos y de las rencillas, que acaban las familias miserablemente: estudia el médico la progresiva irritacion de los humores, y el gérmen animado de las pulmonías y tabardillos: presencia el cirujano repetidas disecciones de hombres vivos, terribles heridas, dolorosas fracciones y universales magullamientos: observa el filósofo los más raros fenómenos de la eleclricidad de las pasiones: ve el físico los efectos de la refraccion de la luz en la variedad de colores de los vestidos y el ondulario movimiento de los pañuelos: se instruye el músico en el tono y ditono de millares de voces, que llegan hasta el cielo con las aclamaciones festivas y los ayes lastimosos: hasta la supersticiosa beata ceba su pasioncilla del *requiem* al oir el santo nombre con que el religiosísimo pueblo ayuda á bien morir al torero que se ve entre las astas del toro: ¡oh fiestas magníficas! ¡oh fiestas útiles! ¡oh fiestas deleitables! ¡oh fiestas piadosas! ¡oh fiestas que sois el timbre más completo de nuestra sabiduría! Los extranjeros os abominan, porque no os conocen, mas los españoles os aprecian porque solo ellos pueden conoceros.

Si el circo de Roma produjo tanta delicadeza en el pueblo, que notaba si un gladiador heróico caia con decoro, y exhalaba su espíritu con gestos agradables; el circo de Madrid hace se note si vuela decoroso sobre las astas, y si arroja con decoro las tripas: si Roma vivia contenta con *pan y armas*, Madrid vive contento con *pan y toros*. Los tétricos ingleses, los franceses voltarios pasan los dias y las noches entre el estudio ímprobo y las peligrosas disputas de la política, y apenas despues de muchos meses de contrariedades, acuerdan una ley: los festivos españoles las pasan entre el agradable ócio y las deliciosas funciones, y en un instante se hallan con mil leyes acordadas sin contrariedad de ninguno:

aquellos han llegado á contraer un paladar tan melindroso, que se les hacen duras las natillas; estos se han acostumbrado á tragar sin sentir los abrojos: aquellos son como las abejas que se alborotan y pican cuando les quieren quitar la miel; estos como las ovejas, que sufridas aguantan que las trasquilen y maten; aquellos insaciables de riquezas y de prosperidad viven esclavos del comercio y de las artes; estos satisfechos con su pobreza y escasez se entregan libremente á la holganza y á la inaccion; aquellos idólatras de su libertad tienen por pesado un solo eslabon de la servidumbre; estos, arrastrando las cadenas de la esclavitud no conocen siquiera el ídolo de la libertad; aquellos escasean los premios hasta á la virtud; estos prodigan la recompensa hasta el vicio: entre aquellos un noble, un héroe es rara produccion de la naturaleza: entre nosotros se crian como los cebollas y los puerros. ¡Oh nobleza y aprecio de fortuna! ¡Oh España y patria mia! que así consigues distinguirte de todas las naciones del mundo! ¡felice tú, que cerrando las orejas á las cavilaciones de los filósofos, solo las abres á los sábios sofismas de tus doctrinas! ¡felice tú, que contenta con tu estado, no envidias el ageno, y acostumbrada á no gobernar á nadie obedeces á todos! ¡Felice tú, que sabes conocer la preciosidad de una corroida ejecutoria, prefiriéndola al mérito y á la virtud! ¡felice tú que has sabido descubrir, que la virtud y el mérito estaba encolado á los hidalgos, y que es imposible de encontrar en quien no haya tenido una abuela con *Don*! Sigue, sigue esta ilustracion y prosperidad, para ser como eres, el *non plus ultra* del fanatismo de los siglos. Desprecia como hasta aquí las hablillas de los extranjeros envidiosos; abomina sus máximas turbulentas: condena sus opiniones libres: prohibe sus libros que no han pasado por la tabla santa; y duerme descansada al agradable arrullo de los silbidos con que se mofan de tí.
